

* Continúa en el documento N.º 4712

ya muy dispuestos.

Quien puede prever por otra parte lo que habría venido á ser el espíritu humano, si al mismo tiempo que se arrebataba á su contemplación la conquista del mundo, no se hubiera reemplazado este grande espectáculo por el de la libertad; y si entrando cada cual en el silencio y mediocridad de su condición despues de tanto esplendor y tanto estruendo, se hubiera visto condenado á no pensar sino en los mejores medios de conducirse bien en los negocios privados?

Creo que depende de nuestros contemporáneos ser tan grandes como felices; pero con la condición de ser libres. Solamente la libertad es capaz de sufrir estas poderosas emociones comunes que hacen á las almas superiores á sí mismas: solo ella puede introducir la variedad en medio de la uniformidad de nuestras condiciones y de la monotonía de nuestras costumbres; ella únicamente puede distraer nuestros espíritus de los pequeños pensamientos y realzar el objeto de nuestros deseos.

Que se resigne la sociedad nueva si halla las tareas de la libertad muy difíciles ó demasiado peligrosas, y que se contente con tener máximas riquezas que se precie, sin estar tan odiada como ella.

He en medio de la poderosa organización política creada por el imperio que Mr. Cessac ocupó naturalmente su puesto. Vino á ser sucesivamente director de la escuela política, consejero de estado y últimamente ministro de la administración de la guerra, en un tiempo en que la guerra era el medio y el objeto del gobierno al mismo tiempo. En estos diferentes dias Mr. de Cessac se mostró constantemente igual. Fué el ejecutor inteligente, inflexible y próvido de los grandes designios de Napoleon; y cuando Napoleon fué derribado, Mr. de Cessac salió del poder con riquezas, cuya fuente todos conocian y honraban, cosa quizá mas rara y difícil que salir sin ellas. En la restauración Mr. de Cessac se redujo al retiro, del cual apenas acababa de salir.

* 4705

Caractores del Sacerdote católico.

II.

Veid ahí lo que de vosotros pensar debe el hombre que tiene á Dios, y es fiel observador de sus doctrinas. Tales eran los cristianos primitivos animados por la voz del anciano del Señor, cuando en los muros de Roma echaban los cimientos de la Santa Sién. Propagadores magnánimos del gran Dios á quien atestiguaban, ovejas alentadas por la voz del pastor, buscaban como un premio el horror de los suplicios. Impávidos á los recelos de sus fieros tiranos, mutilados aun, sonreían á sus infames volantes; el cielo comunicaba fuerza á sus cuerpos

sacerdotes del Omnipotente, no rehusais el mismo honor: su senda es hermosa, es la senda de la inmortalidad. Renacientes milicias de Jesucristo! para combatir estais destinados, no con el hierro y el fuego, sino con la constancia y el amor! El mundo de hoy os persigue, como el mundo de los primeros siglos de la Iglesia. Entorpecidos como ahora os perseguía la pluma de los scistas y la espada de los precónsules! Entonces como ahora os hacian guerra el orgullo y las pasiones. Pero en vuestra fidelidad y firmeza consistia vuestro triunfo. A lo menos entonces os perseguía al Crucificado y á sus ministros; se condenaba al insulto la Cruz y sus adoradores. Ahora la táctica ha mudado; se alaba tal vez, se ensalza la religion; y se persiguen con la muerte ó con el hambre sus ministros. Se invoca la religion; y se sempobrece la Iglesia; se habla con pasmo del Evangelio, y viendo á Jesucristo sobre un trono de oro, se esclama como el discípulo fementido: ¿Para qué este desperdicio? ¿No sería mejor dálo á los pobres? Y se arriana de los pobres y se pone en manos de los usureros.

Y quedan demolidos unos templos, incendiados otros, despojados estos, y otros reducidos á escombros; y quedan desiertas las sendas que guían al santuario, porque no hai en millares de pueblos quien asista á las solemnidades. Y las virgenes lloran arrancadas de sus retiros, y los ancianos trémulos, cargados de años y de virtudes, van á morir en los asilos de caridad, últimos restos que ha perdonado quizás la impiedad triunfadora.

Jóvenes que formais la nueva y reducida generación sacerdotal! quien sabe las pruebas á que el Señor os tiene preparados? Aunque el siglo ó por necesidad ó por hipocresía vuelva á invocar el nombre de Dios, harto de haberle abrevado de oprobios, no por esto os alucina: impositos como es, tal vez aparenta transijir con vosotros para que os acordéis sus miras siniestras. No os mezeleis en sus discórdias sino para proclamar la paz que dejó Jesus sobre la tierra. Quizás no os alcanzará el martirio, pues Dios no á todos señala para tan distinguido favor. Pero vuestras virtudes, no menos sublimes, estan destinadas para edificarnos, y tenéis los mismos derechos á nuestros respetos. Bastante es que vuestros dias se consagren á nuestros dolores; pues el sacerdote, cargado con el peso de las miserias humanas que alivia y suaviza, es una víctima preciosa que camina encorvada bajo la cruz.

En donde está ese solitario recinto del lugar santo, ¿cuántos y qué lindos ríos lloran con lágrimas de dolor? Allí se halla el humilde depositario de nuestros yerros, inflexible á sí mismo é indulgente para todos los demás; allí, abandonándose á la celestial esperanza que le anima, el sacerdote en el nombre de Dios, sostiene el equilibrio de la

que suspende por algunos momentos sus hueras, y el alma pronta á partir se siente inundada por las esperanzas del cielo.

Un deber la falta para cumplir al sacerdote de paz, un deber mas austero. Es arrastrado al suplicio un hombre pálido y débil. Siguiendo el ministro del cielo y el de la tierra; el sacerdote y el verdugo. La justicia humana es fértil en sufrimiento, pero la justicia de Dios es fecunda en esperanza. Dios no abandona al hombre proscrito por el hombre. En medio del aparato horroroso de la muerte, no lejos del cadalso, ondea un lema de oro que dice: "La Sangre del Señor clama misericordia." El sacerdote acerca al criminal la cruz consoladora, le hace aplicar sus labios cárdenos sobre aquellos brazos ensangrentados que han de abrazarlo luego, cuando caiga en el abismo de la muerte; le exhorta, le alienta, le perdona: alma rescatada y arrepentida, le dice, sube al cielo; y el hacha sanguinaria hiera á un miembro de Jesucristo.

Sacerdotes! he aquí los derechos santos que tenéis á los homenajes del mundo! temed de mezclarlos en su vano y tumultuoso ruido. Retirados en el seno de vuestra paz, guardaos de enviciar vuestros corazones en la posesión, casi siempre amarga, vosotros solos podeis consolarnos. Ah! ¿quien mejor que vosotros sabe nuestras aficciones, nuestros sobresaltos, nuestros rápidos placeres pagados con tantas lágrimas! Remontros en noble vuelo lejos de la vista del vulgo, mirad que nuestros suspiros os reclaman en esta mansion de pesar, y para mas fácilmente conducir vuestros votos al trono eterno, quedaos cercanos á los cielos, sin olvidar la tierra que busca vuestro consuelo. Y si algun hombre sin corazon, si alguna alma corrompida por el orgullo, acusa la esterilidad de vuestro ministerio, señalad con una mano las miserias inmensas de la humanidad, y con la otra la esperanza del cielo.

(Continuará.)

F-4706

El Abogado.

En la escala de la civilización el Abogado ocupa uno de los puntos mas culminantes: es la mas importante de las creaciones sociales, como que á su inteligencia estan ligados el honor, la vida y los intereses jenerales é individuales. El Abogado en el orden de la vida del ciudadano y la sociedad y los intereses busca en él la organizacion y conservación de sus derechos públicos y privados. Ya lo critica en legislador, para que, puesto al anteojito de la filosofía sobre las necesidades públicas, combine y sancione reglas saludables: ya lo elevan al rollo del poder, para que dé los jiros convenientes á la máquina gubernativa; ya lo invisten el sagrado ministerio de la justicia, para que pase en la balanza de

si que en los juzgados y tribunales, y no podrá ocultar mucho tiempo su ineptitud y defectos morales. No consigue engañar á los que buscan en las sombras lo que debieran buscar en la realidad, y que pagan del hombre de letras á manera del que forma concepto de la arquitectura interior de un templo por su fachada, su existencia y valimiento forense, se pasarán de ese pequeño círculo de ilusos. Allí estarán únicamente, y morirán dejando en rollos y libros protocolos los remiendos de su impotencia intelectual, y de su nulidad moral.

La severidad de los jueces y el progreso de las leyes podrán solo concluir con esa peylla forense, canchadora del sosiego doméstico. Aun cuando entre nosotros no dominan estos leguleyos, y mas sin embargo figurar á algunos en la escena judicial. Mas de una vez he visto escritos, y escuchado alegatos contrarios, en que no se razona ni discute un principio legal, sino que se hace la historia de los estragos ciertos ó falsos del contrario. Y, aunque en nuestros tribunales y juzgados no haya eco la voz de las pasiones, debe reprimirse un abuso que choca con la majestad y nobleza de la ley, en que debe expresarse los conceptos de la ley, y de la ley, y que hasta cierto punto compromete la dignidad de nuestra magistratura, y ofende nuestra civilización. Si en el trato familiar el hombre está obligado á observar ciertas reglas convencionales de decencia y urbanidad, tanto mas pronto y más obligado debe ser en los debates judiciales. El esclarecimiento de un derecho dudoso es una lucha de principios, en que el abogado mide sus fuerzas intelectuales, y no una cuestion de innobles pasiones en que se explote la vida privada del litigante. La verdad y la justicia tienen un idioma propio, puro, bello, y elocuente como ella misma, y el magistrado debe cuidar de que no se empante su brillo con el aliento emponzoñado de la impostura y calumnia.

Fácilmente puede, entre nosotros, remediarse ese mal, si se atiende á otros muchos, sobre todo en los procedimientos de nuestros tribunales. Felizmente nuestros tribunales guardan en esta parte, la conducta que les ordena la ley; y los jueces subalternos podria hacer lo mismo tomándose de vez en cuando el trabajo de leer algunos escritos, á impedimento de que en los alegatos contrarios no se escuchasen escenas que repugna el respeto debido al sagrado y á la ley. Si los jueces de primera instancia de esta capital no siempre escriben un libro de leyes que contengan la expresion de alguna doctrina general, no debe atribuírse á la falta de celo por la observancia de la ley, sino á la multitud de causas que se presentan por en juzgado. Si hubiesen de leer algunos

Caracteres del Sacerdote católico.

II.

Ved ahí lo que de vosotros pensar debe el hombre que tiene fe en Dios, y es fiel observador de sus doctrinas. Tales eran los cristianos primitivos animados por la voz del unjido del Señor, cuando en los muros de Roma cediaban los cimientos de la Santa Sion. Propagadores magnánimos del gran Dios á quien atestiguaban, ovejas alimentadas por la voz del pastor, buscaban como un premio el horror de los suplicios. Impávidos á los recelos de sus fieros tiranos, mutilados aun, sonreían á sus infames verdugos: el cielo comunicaba fuerza á sus cuerpos ensangrentados, rogaban por sus inicuos jueces, y fieles discípulos de Jesús, todos eran ministros suyos para continuar en el mundo sus virtudes.

Tales se han mostrado algunos santos levitas de la edad moderna á la vista de los sofistas y verdugos que insultaban sus virtudes. Un siglo mofador y desconfiado ha renovado en vosotros y en vuestra cabeza las infamias del Pretorio: olvidando la trasformacion de la tierra, acallando los gritos del corazon, ha desenterrado los gritos del viejo mundo, llegando á endiosar la misma nada. Cuando ha pasado ante vosotros ha osado preguntaros ¿para qué servís en el mundo? ¿qué es lo que producen vuestras manos? Estériles sois en todos sentidos: vuestra mision no es ya necesaria en la tierra: el cristianismo no es de moda: sois una carga para la sociedad. Aun dijo mas en su delirio: Vuestra existencia es un crimen, es un insulto á las luces del siglo que ni aun tiene fe en el error. Y levantó por tercera vez en la cristiana Europa la tea del incendiario y el puñal del asesino. Y corriendo como un rayo de la ira de Dios sobre los santos asilos, le vimos reducir á pavezas los templos y sus ministros, y al rei mismo de la gloria en su trono sobre la tierra.

En vano señalábais con el dedo aquellas bóvedas de siglos que tanta ciencia, y tanta virtud y tanto consuelo cobijaron: en vano recibiais de rodillas á vuestros verdugos como una oveja pronta á ser sacrificada. Los tigres no se ablandaron á este espectáculo de resignacion heroica, y ciegos de furor saciaron su sed de sangre.....

Los verdaderos sacerdotes de Jesucristo en él solo han fundado su esperanza, y solo ha podido abatirles el golpe fatal de la cuchilla. Consoladores incambiables de la doliente humanidad, aun cuando fueron inculcados, volaron á los cielos á buscar el perdón de nuestros crímenes. Héroses bajo el filo homicida, que no les inmutaba, esos recientes mártires dignos de los tiempos antiguos; cuán admirables eran cuando su voz solenne entonaba los cánticos que acataban los querubines!

Vosotros, atletas de la Cruz, cuyos brazos envejecidos y cargados de cicatrices se levantan al cielo,

ellos no á todos serian para tan distinguido favor. Pero vuestras virtudes, no menos sublimes, estan destinadas para edificarnos, y tenéis los mismos derechos á nuestros respetos. Bastante es que vuestros dias se consagren á nuestros dolores; pues el sacerdote, cargado con el peso de las miserias humanas, que alivia y suaviza, es una víctima preciosa que camina encorvada bajo la cruz.

¿Un donde está ese solitario recinto del lugar santo, que el riego y el indigente riegan con lágrimas de dolor? Allí se halla el humilde depositario de nuestros yerros, inflexible á sí mismo é indulgente para todos los demas: allí, abandonándose á la celestial esperanza que le anima, el sacerdote en el nombre de Dios verifica el sublime cambio del perdón del cielo con el arrepentimiento de la tierra, y cuando su voz absuelve crímenes que detesta, derrama en el alma del criminal aquella paz celeste de que robeza su corazon. ¡Cuán dulces son las lágrimas que se derraman al pie del ministro del Señor! El delito abrasa el corazon y devora las entrañas: no hai desierto bastante profundo para sepultarle: sigue siempre al hombre como su verdugo. El sacerdote en nombre de Jesucristo abre el abismo de su misericordia al corazon palpitante de dolor, y arroja allí el peso inmenso de sus culpas, y el alma cominvida, trasportada otra vez á la rejion del amor y de la justicia, bañada con el rocío del cielo, pide alas para volar al seno del Dios que la espera con los brazos abiertos.

¿So necesita tal vez contener la insolente impiedad del siglo? ¿Se han de llevar hasta el pie del trono los clamores de un suplicante? El sacerdote no hace mas que atravesar los palacios para subir á la sagrada cátedra on donde su entusiasmo sublime fulmina é ilustra al mismo tiempo. En este lugar es en donde su voz, fluyendo palabras de luz, explica á los párvulos las verdades mas encurabradas bajo las parábolas mas sencillas. Tan presto desde la altura de los cielos hace resplandecer de repente los mas altos misterios, tan presto se deja caer como un torrente irresistible sobre los vicios del mundo, ó como un fecundo y abundante rocío ablandá los pechos endurecidos. A sus ojos, fijos ya sobre el sepulcro, ya sobre la eternidad, nada son las diademas de los reyes ni las amenazas de los poderosos para dejar de decir la verdad. Allí pide cuenta á los siglos de sus errores, y á las naciones de sus crímenes: allí con las palabras del mismo Dios juzga á los que juzgan la tierra; arranca su flecha al sofisma y su máscara á la perfidia; compadece á la debilidad humana, es indulgente con los extravíos del corazon, pero es inexorable con el orgullo del pensamiento.

Baja de la cátedra santa, y corre al lecho de un moribundo. En aquel recinto de amargura y de dolor llegó como un ángel destinado á acompañar un alma al cielo, y consolar á los que deja en la tierra. A la vista de la hostia sin mancha, la muerte parece

uno de los puntos mas culminantes; es la mas importante de las creaciones sociales, como que á su inteligencia estan ligados el honor, la vida y los intereses jenerales é individuales. El Abogado es el oráculo del pueblo y del ciudadano: la sociedad y los individuos buscan en él la organizacion y conservacion de sus derechos públicos y privados. Ya le critican en legislador, para que, puesto al antecio de la filosofía sobre las necesidades públicas, combine y sancione reglas saludables: ya le elevan al solio del poder, para que dé los jiros convenientes á la máquina gubernativa: ya le invisten el sagrado ministerio de la justicia, para que pese en la balanza de la lei, con la pureza de una conciencia íntegra é ilustrada, las pretensiones del mio y tuyo, las arterias del crimen, y los razonamientos de la inocencia. Todos estos altos destinos, que forman la potestad triuna de una nacion que sigue la huella del siglo, está llamado á desempeñar el abogado desde que recibe este bautismo honroso bajo el solemne juramento de no prostituirle á la baja, á la mala fé, á la ambicion y demas negras pasiones.

El Abogado, pues, para poder colocarse en alguna de esas eminencias sociales, debe reunir á la ciencia la virtud. La cultura del espíritu y del corazon son esenciales en el que hace, aplica, ejecuta, y defiende la lei. No basta tener siempre en la mano el hilo del laberinto legal para adquirir en el foro una reputacion esclarecida: La integridad y la ilustracion son los únicos títulos con que puede pretenderse un nombre distinguido en la tribuna judicial. El Abogado de fórmulas, el que no conserva de la jurisprudencia mas que la memoria de haber procurado penetrar en su vasto campo; el que apenas conoce el mecanismo de los procedimientos judiciales, y que careciendo absolutamente de la luz forense, ocurre al sarcasmo grosero, y á la necia injuria para defender los derechos del que por desgracia cae en sus manos, aunque se arrastre como la culebra, no pondrá si quiera una cifra de su nombre en el libro de la inculta opinion. Vivirá siempre en el fango de su ignorancia, blanco del desprecio de las personas que salpica con el lodo que arroja su pluma calumniosa, torpe y alevé, mientras que otros, con la antorcha de la ciencia y la vara de la justicia, se abren el camino de una distinguida celebridad.

Se engañan los que piensan que el título es suficiente para escalar un puesto importante en la sociedad. En los pueblos civilizados, y principalmente en las repúblicas, donde imperan el talento y la virtud, rara vez se confunden con las condecoraciones literarias el verdadero mérito intelectual y moral. Al abogado se lo observa desde que entre en el santuario del saber: durante su aprendizaje, y en el ejercicio de su profesion, tiene delante de sí el ojo escudriñador del pueblo. No importa que el favor, la induljencia, la compasion ó la casualidad improvisen un abogado: la fiscalía popular le per-

bles donde se observa alguna tolerancia. En nuestros tribunales guardan en esta parte, la conducta que les ordena la lei; y los jueces subalternos podrán hacer lo mismo tomándose de vez en cuando el trabajo de leer algunos escritos, é impidiendo constantemente que en los alegatos verbales no se cometan oscesos que reprueba el respeto debido al majistrado y á la lei. Si los jueces de primera instancia de esta capital no siempre rechazan los escritos que contengan la expresion de algun desahogo criminal, no debe atribuirse á la falta de celo por la observancia de la lei, sino á la multitud de causas que jiran por su juzgado. Si hubiesen de leer uno á uno los escritos que se presentan diariamente, apenas tendrian tiempo para despachar uno que otro expediente. Sin embargo, mucho se avanzara en esta reforma importante, usando de toda la severidad necesaria, siempre que se les presente la ocasion de ejercer á ese respecto su autoridad. Algunas pruebas tenemos ya de la repugnancia con que dos de ellos, principalmente, miran esa aberracion forense que lleva consigo el jermen de desgracias irreparables. ¡Cuantas veces hemos visto que la injuria, estampada en un escrito, ó fulminada en una conferencia verbal, ha sido la causa de la discordia eterna, entre familias que, disputando moderadamente sus derechos, habrian llegado á una transacion pacífica y ventajosa! Familias conozco yo que llevarán al sepulcro el odio producido por las expresiones injuriosas de un pleito. Preciso es, pues, volver á repetir, que los encargados de la administración de justicia persigan con mas obstinacion un vicio que priva á la sociedad de muchos bienes. ¡Qué mejor premio, que mejor corona puede ambicionar un majistrado que la satisfaccion de que á su celo deba alguna vez el foro chileno todo el esplendor de que es susceptible! Estinguido ese pernicioso abuso, dominará en las polémicas judiciales el espíritu de la relacion ilustrada, la fiebre litijiosa se disminuirá considerablemente, y el pueblo, poseedor de este gran bien, bendecirá siempre á sus autores.

Santiago, marzo 13 de 1841.—Un observador. (Copiado.)

REMITIDOS.

Dar á cada uno lo que es suyo.

Partidarios decididos del empeño y la constancia con que el actual Gobernador de esta provincia trabaja en los caminos y en las obras de ornato, comodidad y aseo, nos complacemos en decir que es el único de nuestros majistrados que ha seguido el ejemplo que á semejantes obras dió nuestro ilustrado y hábil compatriota el Dr. Rufino Cuervo cuando Gobernador de esta provincia, y aun antes cuando en sus primeros años, apenas era jefe político